

corte del Regente acogió á aquel gigante sin modales, pero lleno de energía y de nobleza natural, con gran sorpresa y simpatía, y aplaudió, azorada, cuando el enorme emperador, atropellando la etiqueta, cogió al pequeño Luis XV y lo levantó en sus brazos. En los últimos años toda la preocupación de Pedro consistió en el destino de sus reformas; cuando descubrió una inmensa conjuración del clero y la nobleza contra ellas, acaudillada por su hijo, fué implacable; las ejecuciones y la tortura rompieron los huesos del partido retrógrado; el bárbaro emperador mató probablemente por su propia mano á latigazos á su infeliz hijo. Aquel hombre de lucha y sangre, enorme cuerpo en que combatían, como en Rusia, la pasión del salvaje y la reflexión del hombre civilizado, murió en 1725.—El partido de la reforma sostuvo á la vulgar soldadera alemana que Pedro había sacado del fango, para hacerla su segunda esposa y que se llamó Catarina I. Su gobierno fué la continuación del de su esposo; todo lo que había quedado en proyecto se fué realizando; academias científicas, publicaciones, exploraciones marítimas, todo progresó bajo los auspicios de la emperatriz, á pesar de que la dominaba el vicio de la embriaguez, y de su valido Menchikof. Un nieto de Pedro heredó el imperio con el nombre de Pedro II; murió pronto y entonces quedaron como pretendientes dos hijas del gran Tzar, Isabel y Ana, duquesa de Holstein, que tenía un hijo, Pedro de Holstein, y dos hijas del hermano imbécil de Pedro el Grande: Ana, duquesa de Curlandia y Catarina de Mecklenburg. El *Alto Consejo secreto* redactó una especie de constitución que daba el gobierno á las dos grandes familias aristocráticas de los Dolgoruki y los Galytsine y sometía al emperador á su tutela; con esta condición otorgó el trono á Ana de Curlandia, que se apresuró á faltar á su juramento, cediendo á la voz del reino que pedía el restablecimiento de la autocracia. Por medio de Ana gobernó y oprimió el alemán Biren; sin embargo, mantuvo las reformas y sólo suprimió una de ellas, muy odiosa para los nobles rusos, el mayorazgo.—Por el año de 1733 se abrió de nuevo la cuestión de Oriente de entonces: la sucesión al trono polaco. Francia sostenía al exrey Estanislao; Rusia y Austria al sajón Augusto III: el candidato francés tuvo que huir. A consecuencia de esto se encendió la guerra del Rhin, y el ejército ruso por primera vez llegó á la frontera de Francia; la paz de Viena, que daba á Leczinski la Lorena, y una parte de Italia á Carlos (el futuro Carlos III de España), hijo de Felipe V é Isabel Farnesio, impidió el choque. Después del reinado efímero de Ivan VI., y gracias á una revolución dirigida por el embajador francés, aliado á los elementos conservadores y antialemanes, subió al trono Isabel, la hija de Pedro, que designó por su sucesor á Pedro de Holstein, á quien casó con una princesa

alemana de tercer orden, Catarina de Anhalt, que debía ser la gran Catarina.—Isabel presidió una completa reacción contra los alemanes; pero su amistad por Francia no le impidió arrebatarse territorios bálticos á los suecos y tomar parte en la guerra de sucesión de Austria contra Federico II. Al fin de su reinado Isabel se alió á Francia y Austria contra los reyes de Prusia é Inglaterra, durante *La Guerra de siete años*. Sus generales infligieron una espantosa derrota á Federico y se apoderaron de Berlín. Afortunadamente para los prusianos murió Isabel después de haber continuado la obra de su padre, promoviendo mejoras materiales, creando poblaciones nuevas, reformando la legislación y haciendo un papel de primera importancia en los negocios europeos (v. sobre este período capital de la historia rusa á *Rimbaud*, historia de Rusia, y á *Brückner*, Pedro el Grande).

PRUSIA Y AUSTRIA.

1. Creación definitiva de la Prusia militar; el príncipe Federico.—2. Federico II y María Teresa; la guerra de sucesión.—3. Transformación de las alianzas; la Guerra de Siete Años.—4. Federico el Grande; Polonia y Catarina II.

1. *Creación definitiva de la Prusia militar: el príncipe Federico.*—El primer rey de Prusia fué un vano y ostentoso imitador de Luis XIV, que dejó su tesoro arruinado á fuerza de fiestas pomposas y de bordados de oro. Su hijo, Federico Guillermo, fué el reverso de la medalla; económico hasta la avaricia, suprimió todo lo superfluo y, en su concepto, superfluo era cuanto se refería á instrucción superior, á cultura: viento, modas francesas, así llamaba á todo esto; como buen Hohenzollern detestaba cuanto era francés. Tres pasiones tenía este avaro y duro rey—sargento, como le llamaba el rey de Inglaterra: el ejército, la teología y la cerveza. El ejército subió á 80,000 hombres perfectamente escogidos y disciplinados; por eso era avaro, para sostener esta fuerza desproporcionada á los recursos de aquella Prusia diseminada en el Norte de Alemania; todo tenía que subordinarse á este gasto enorme, y todo, desde entonces, tiene en aquella monarquía un sólo centro de atracción, el ejército. Su pasión teológica era tan fuerte como su pasión militar; bastante mal cristiano, pero enemigo mortal de la *predestinación* enseñada por Calvino; su teología, como la de tantos polemistas religiosos de nuestros días, era un odio. Casi todos los días se reunía con sus empleados principales y se dedicaba á fumar, comer carne de cerdo y beber hasta la embriaguez. Su hijo Federico, delicado y nervioso por temperamento, pronto adquirió gran amor por todo lo que su padre detestaba: la literatura y la filosofía francesas, las modas, la música. A fuerza

de palos y de humillaciones, que hicieron de aquel niño un mártir, pretendió el brutal padre reducirlo á sus ideas; lo que lo ponía fuera de sí, sobre todo, era que no acertaba á descubrir en su hijo ni un átomo de espíritu militar; en el futuro Federico el Grande! De aquí un aborrecimiento profundo por el príncipe; hizo azotar públicamente á una amiga de éste, mandó fusilar frente á las ventanas de la prisión del príncipe á un joven camarada suyo que había proyectado huír con él; tuvo hasta la idea de hacerlo renunciar á su derecho y, quizás, la de matarlo. Federico se doblegó y su padre fué apaciguándose; mas desde entonces la mentira, la perfidia, el disimulo, entraron como elementos en el carácter de aquel hombre superior, el más hábil político, el soldado más notable de su tiempo. Cuando su padre murió (1740), se encontró con que había dejado en sus manos dos medios admirables de grandeza: un ejército y un tesoro. Ensanchar la Prusia desmembrada entonces, reunir sus diversos territorios sin solución de continuidad, y convertirla por esto en una nación de primer orden y en la rectora de la Alemania entera, tal fué desde entonces el programa natural de todo rey de Prusia.

2. *Federico II y María Teresa.*—*La guerra de sucesión de Austria.*—El principio del siglo XVIII y del reinado de Carlos VI, el expretendiente al trono español, con la sumisión de los transilvanios rebeldes y el tratado hecho con Turquía después de otras brillantes campañas del príncipe Eugenio, el ángel bueno de los Habsburgs, prometía una era feliz; no que las luchas con los islamitas hubiesen concluído, pero ya iban á ser por el predominio en la península de los Balkanes, puesto que Hungría quedaba definitivamente liberada. Entonces la gran preocupación del emperador fué asegurar el dominio de Austria y sus adyacentes á su hija única, María Teresa; el documento solemne en que constó esta decisión, recibió el nombre de *pragmática-sanción*, y obtuvo la adhesión de todos los pueblos que componían el dominio actual de la dinastía y después el de las potencias europeas; la Pragmática dió á ese dominio la forma de una federación de entidades unidas por el lazo dinástico en la cabeza de los Habsburgs; extinguida esa familia, la federación de austriacos, húngaros, bohemios, croatas, etc., quedaba disuelta. Ya hemos visto cómo la guerra de sucesión de Polonia arrancó al emperador la cesión de Lorena á Francia que su yerno Francisco, el último duque, cambió por Toscana, en que estaba á punto de morir el postrero de los Médici; también tuvo que prescindir del reino de las dos Sicilias. Los turcos lograron arrebatarle Belgrado y Servia, imponiéndole un vergonzoso tratado.

Cuando á la muerte de su padre, subió María Teresa al trono, en 1740, toda su ilusión era que su esposo Francisco de Lorena fuese electo emperador de

Alemania; mas el elector de Baviera, Carlos, yerno del emperador José, se creía con mejor derecho y le apoyaban Francia y Prusia, cuyo rey Federico II, alegando títulos añejos y mal comprobados, se apoderó de Silesia para comenzar á plantear su programa de engrandecimiento.

Federico II, poeta y filósofo, educado por los libros franceses, concebía la monarquía como un absolutismo perfecto, «el soberano debe abarcar todo interés particular en el interés general;» pero afirmaba que el rey no sólo tenía derechos, sino deberes; era el primero, administrar justicia y luego la defensa de la patria y la seguridad y bienestar de los súbditos; para llenar así su misión, era su obligación suprema el trabajo. Efectivamente, la vida de Federico se ajustó á este programa y á la creencia de que para engrandecer la patria debía obrar como si la moral individual no tuviese el más leve contacto con las relaciones internacionales.—Cuando subió al trono escribió á su amigo Voltaire: «el poeta y el monarca no forman ya mas que una sola persona; el pueblo, objeto de mi amor, es ahora la divinidad á la cual he de servir. ¡Adiós versos, conciertos, amigos; adiós también Voltaire! Mi dios supremo es, en adelante, mi deber.» Inmediatamente procedió á reorganizar la Academia de ciencias con algunos de los sabios más conspicuos de Europa y abolió la tortura. En seguida calculó, con el egoísmo más ingenuo, la superioridad de su posición militar sobre la de María Teresa que, como ella misma decía: «se encontraba sin dinero, sin crédito, sin ejército, sin experiencia propia ni conocimientos para su cargo, y finalmente sin consejo de nadie.» Lo que tenía la reina, para reemplazar todo esto, era una alma superior, su inteligencia, su enérgia y su apego apasionado á su herencia y á su derecho. Mejor hubiera valido á María Teresa que su padre le hubiese dejado 200,000 hombres que una colección de pergaminos, escribía Federico; le dejó la fidelidad caballeresca de los magyares, los magnates húngaros, que bien valía un ejército. La proclamaron *su rey*, y cuando les dirigió deshecha en lágrimas un discurso en latín, brotaron de los labios de los magnates los gritos repetidos: *vitam et sanguinem*.—El elector de Baviera y sus aliados franceses se entretuvieron en conquistar á Bohemia, en lugar de apoderarse de Viena, y la reina, que contaba con la alianza y los subsidios ingleses, pronto vió á sus ejércitos obligar á los franceses á retirarse de Praga, cuando el elector se coronaba en vano en Francfort con el nombre de Carlos VII y Federico se retiraba de la coalición con la posesión consentida de Silesia.—Francia, algún tiempo después, se hallaba sola en la contienda y un ejército inglés amenazaba sus fronteras, porque el rey Jorge II, que se había arrogado facultades increíbles, á pesar del Parlamento, todo lo subordinaba á la defensa de su patrimonio alemán de Hanover. La insurrec-

ción húngara (así llamaban los magdyares á sus levantamientos que ahora eran en favor de los Habsburgs) envió á sus caballeros á saquear Alsacia y Lorena, y cuando el ejército austriaco se unió con el inglés, la situación fué muy grave para Francia. El rey Luis XV, saliendo de una enfermedad (que había enloquecido de dolor al pueblo) tuvo la fortuna de hallar un general de primer orden en el hermano bastardo de Augusto de Sajonia, Mauricio, que ganó contra los ingleses la sangrienta batalla de Fontenoy (1745). Fué esta la última en que la nobleza francesa, agrupada en torno de su rey y espléndidamente ataviada, mostró toda su gracia, su elegancia y su valor caballeresco. Ninguna otra gran victoria había de obtener la monarquía; era el pueblo armado el que iba á pasear por Europa la enseña triunfal de la Francia revolucionaria.—En 1748 se celebró la paz de Aquisgram, que dejó en poder de los ingleses buena parte del imperio colonial de Francia, la cual devolvió todas sus conquistas en los Países Bajos é Italia. Francia había perdido, sin objeto, sus buques, 250 millones de pesos y medio millón de hombres.

Sin embargo, la paz trajo consigo un bienestar general: «La Europa entera no había visto lucir días mejores, dice Voltaire, que los que transcurrieron entre la paz de Aquisgram y el año de 1755. El comercio prosperaba desde Petersburg hasta Cádiz; en donde quiera las bellas artes eran favorecidas; asemejábase Europa á una gran familia de nuevo unida después de sus querellas.» El auge que la marina y el comercio francés tomaban de nuevo, eran, sin embargo, mal vistos de Inglaterra, que inauguró una política de tropelias y hostilidades en América y en la India que arrancó á Dupleix, el genial aventurero, desamparado por su patria cuando conquistaba para ella un imperio. Lo peor era que los ingleses se negaban á dar satisfacciones; pronto la guerra se hizo necesaria. Mas como los franceses decidieron invadir el patrimonio hanoveriano del rey de Inglaterra, esta nación celebró alianza con Federico II. Así comenzó la *guerra de siete años*.

3. *La guerra de siete años*.—Las alianzas con Federico eran inseguras, bien lo había demostrado la guerra de sucesión de Austria, en que dos veces abandonó á sus asociados; mas en 1756 su liga con Inglaterra se imponía. Fué grave falta de Francia haberse complicado en una guerra alemana, cuando debía haber concentrado todo su esfuerzo sobre Inglaterra; por eso no pudo defender sus colonias, y aunque es cierto que impedir el crecimiento de Prusia era una política excelente para Versalles, tal política era en alto grado impopular en aquel tiempo en que todos los librepensadores, que dominaban el mundo intelectual, adoraban en Federico. Fué aquella una mala oportunidad escogida por los ministros de Luis XV para la célebre *inversión de las alian-*

zas, que consistió en hacer causa común con la emperatriz, quizás empujados por el capricho de una mujerzuela, la Pompadour, que se había enamorado de María Teresa, la que aunque no es cierto que la hubiese escrito, sí lo es que tuvo con la favorita del rey ciertas complacencias. De todo ello resultó la alianza con Austria y Rusia; terrible coalición que rodeó á Federico, que lo atacó por todas partes y que puso á prueba su genio militar y político; de las victorias y reveses de aquella lucha resultó digno del epíteto de *Grande* con que lo decoraron sus coterráneos.

Federico, como siempre, atacó primero; se apoderó súbitamente de Sajonia, cuyo príncipe corrió á encerrarse en su reino de Polonia; penetró en Bohemia, pero sucesivamente victorioso y vencido, tuvo que retroceder á defender Silesia. Los franceses y las fuerzas del imperio unidas (porque Carlos VII, el emperador bávaro, aliado de Federico, había muerto, y el emperador en aquel momento era Francisco I, esposo de María Teresa) se adelantaron hacia Sajonia; los generales franceses ya no eran los que habían vencido á Europa en el siglo XVII, ni los que la habían resistido en la primera mitad del siguiente; eran hombres que ganaban sus puestos por el favor, en las alcobas de las soberanas bastardas de aquel reino en disolución; el duque de Richelieu, el rey de los libertinos, que pudo acabar con el ejército inglés y no supo salvar sus brillantes posiciones en Hanover y cuyo solo afán era robar; el abate Clermont, que fué perseguido por Brunswick, un discípulo de Federico, y vencido luego, y Soubisse, á quien, en un mediano combate, Federico infligió la tremenda derrota de Rossbach. Pero apenas conjuraba el insigne capitán un peligro, cuando aparecía otro; el hermano del emperador había recuperado casi la Silesia toda, que Federico salvó en la batalla de Leuthen; luego tornó á ser vencido por los austriacos y en 1759 por los rusos; esta derrota fué tal, que Federico pensó en el suicidio; escribía á uno de sus ministros: «De 48,000 hombres sólo me restan 3,000; todo el mundo huye; mis tropas ya no me obedecen; las consecuencias de la batalla serán peores que la batalla misma, yo he concluído con mis recursos, lo creo todo perdido. No quiero presenciar la ruina de mi patria; adiós para siempre.» Poco tiempo después se rehizo; ni los rusos ni los austriacos supieron aprovechar sus victorias; entonces decía el rey: «sostendré la monarquía como es mi deber.»—La guerra tomó un nuevo giro cuando, muerta la tsarina, subió al trono Pedro de Holstein, admirador apasionado de Federico, que se declaró neutral y que trajo consigo la retirada de Rusia y de Suecia, que también había tomado parte en la coalición. Francia, asaltada en sus costas, vencida y expoliada en sus colonias, desarmada y empobrecida con la destrucción casi total de su marina, celebró

la paz con Inglaterra, conservando las más insignificantes de sus colonias, mientras Federico, que á su vez se arreglaba con Austria, consolidaba para siempre su dominación en Silesia (1763).

4. *Federico, Polonia y Catarina.*— Entre los tres fuertes reinos constituidos definitivamente en el siglo XVIII, Prusia, Rusia y Austria, se encontraba comprimida, pero sin poder adquirir cohesión, Polonia, que era una república más bien que una monarquía, ó mejor dicho, que era una nobleza. Había en los dominios polacos catorce millones de habitantes; cerca de dos millones formaban la nobleza, además un millón de judíos; el resto de la población, rusa, polaca y alemana, estaba en su mayor parte reducida á la servidumbre; el *liberum veto* podía impedir las decisiones de las asambleas de la nobleza, como hemos visto, y los disidentes formaban entonces confederaciones, especie de repúblicas en la República; el monarca tenía un poder vago sin límites fijos, pero que podían surgir por todas partes. Aquello, pues, no era un Estado, ni un gobierno; era una monarquía que de la guerra recibía momentánea coherencia y seguía su vida difusa en medio de organismos nacies. A la muerte del último rey sajón, la familia Czartoriski, influyente en Petersburg, logró que la emperatriz Catarina II consintiese en la elección de un *piatsi* ó noble indígena, su antiguo favorito Estanislao Poniatowski; pero este rey encontró vivísima oposición en un partido de insensatos nobles, que consideraban como señal de traición á la patria la modificación de la constitución en el sentido de suprimir el *veto* y robustecer la monarquía; esta era la salvación, sin embargo.

Catarina II era, como sabemos, la princesa alemana que había casado con Pedro de Holstein; de costumbres depravadas, inteligencia superior y enérgica ambición, cuando ascendió al rango imperial conspiró con algunos de sus favoritos contra su marido y, apoyada en buena parte del ejército, lo depuso y lo hizo extrangular en la prisión. Tomó entonces las riendas del gobierno con mano tan firme que nadie fué osado á arrebatarlas; tuvo gran copia de favoritos, de ninguno se dejó avasallar; parecía haber nacido para el mando esta *Semíramis del Norte*, como la llamaba uno de sus grandes aduladores franceses, y fué un autócrata en la más completa y viril acepción de la palabra. Largo tiempo reinó Catarina (1762-1796) y su política tuvo orientaciones distintas; nunca perdió de vista en sus alianzas, ya fueran prusianas ó austriacas, ni la absorción de Polonia, ni la conquista del Mar Negro ruso, ni el predominio en la región balcánica, por donde estaba trazado el camino de Constantinopla, que desde Pedro el Grande era el sueño dorado de los *tsars*. Y efectivamente, Catarina, aprovechando la anarquía polaca y la opresión

ejercida por los partidarios de la unidad católica del reino ó *uniatas*, azuzados por el celo imprudente de los jesuitas contra los protestantes y los cismáticos, aceptó los planes diabólicos del Gran Federico, que había resuelto apoderarse de la Prusia polaca, para unir su Brandeburg con su pequeña Prusia oriental. El plan era invadir y ocupar el reino con el pretexto de defender la tolerancia, mantener la anarquía impidiendo las reformas salvadoras en la constitución, y declararse dueños ambos de sendos girones del territorio polaco.— Sin embargo, Catarina hubiese preferido guardar para sí la Polonia entera, sin anexarla á Rusia, sino ejerciendo un protectorado; mas para salvar el reino eslavo católico, Francia envió, á los polacos que resistían, oficiales (uno de ellos fué el luego famoso Dumouriez) y subsidios y, sobre todo, arrojó á Turquía sobre los rusos. Catarina en esta guerra con Turquía logró apoderarse de las costas del Mar Negro entre el Cáucaso y el Danubio y de parte de la península balcánica; Austria, inquieta con este avance ruso, entró en arreglos con Catarina y Federico, y de todo ello resultó la primera distribución de Polonia, en que Austria se apoderó de Galitzia, Federico de la Prusia occidental y Catarina de las Rusias polacas; poco quedó al desmembrado reino (1772); pero el apetito de aquellos devoradores de naciones no esperó el fin del siglo para hartarse con los restos del gran pueblo eslavo medioeval. Y lo mismo habrían hecho con Suecia, profundamente debilitada por las enormes extracciones de sangre que sus soberanos conquistadores habían practicado en ella. El plan de Federico era el mismo que en Polonia: fomentar la anarquía, excitando á los oligarcas á nulificar la realeza, y operar en seguida de acuerdo con Rusia; pero su real sobrino Gustavo III hizo abortar el caritativo intento del rey prusiano, y con un golpe de estado recuperó todo el poder perdido por los monarcas suecos.

En 1780 murió María Teresa, viuda desde 1765; gracias á su alma enérgica había impedido la disolución de su heterogéneo patrimonio; su hijo José, designado para el trono imperial con el título oficial de *rey de romanos*, dividió pronto el gobierno con ella. José envidiaba y admiraba profundamente á Federico; tenía en muy poco la política y los consejos de su madre y aspiraba á *reformar*; esta era ya la aspiración universal, como en las postrimerías del siglo XV. Sacudir la tutela jesuita, destruir el poder del clero, despojándolo; fomentar la instrucción general, este era el anhelo de José; centralizar y militarizar al estilo prusiano los disímbolos Estados de su patrimonio, este era su fin próximo; conseguido esto, disputar á Prusia la preponderancia en Alemania y centralizar y hacer hereditario el imperio, tal era su deseo secreto. Para conseguir todo esto, tenía inteligencia y voluntad; pero mucha inexperiencia y poca discreción.

Quien sí realizaba el tipo del *déspota ilustrado* (esta planta monárquica precursora de la revolución) era Federico II. Un déspota ilustrado se diferenciaba del déspota antiguo en su programa sistemático, no sólo de promover el mejoramiento material de las clases, esto era propio del despotismo, ya lo observaba Aristóteles, sino de suprimir los restos de la servidumbre medioeval y de fomentar la instrucción popular, haciendo servir su absolutismo militar á la preparación del régimen industrial que lentamente iba á venir, que no ha triunfado todavía, que acaso no triunfará nunca.—Federico fué un protector decidido de la industria prusiana; puede decirse que la fundó, haciendo venir artifices de fuera y sosteniendo un sistema prohibicionista que le dió una vida más ó menos facticia; fué un incansable promotor del progreso agrícola; la estéril región de la baja Alemania fué colonizada, poblada y convertida, gracias á él, en región productora, y estableció un sistema bancario para proteger las nacientes empresas. Consideraba, sin embargo, que todo era poco, sin la instrucción popular; él la hizo obligatoria, la extendió á un programa mayor que el de leer y escribir, y la sancionó con todo su poder; así fundó la Prusia futura, la Prusia de hoy. Convencido de que el verdadero sostén de la instrucción popular es la instrucción superior, fué el Mecenaz de los sabios, que todos los príncipes de la época tenían á insigne honor proteger.—Por desgracia el lado odioso de su absolutismo se manifestó en el establecimiento altamente opresivo del régimen tributario y en su ingerencia torpe, por regla general, en las decisiones de la justicia.—Federico II, á pesar de que por sus ideas y por su educación y aficiones era un francés, suscitó las primeras manifestaciones del genio literario alemán, por tanto tiempo muerto, después de las guerras exterminadoras de los siglos XVI y XVII.—En 1786 murió el gran amigo de Voltaire y de los filósofos, como había vivido, sin más religión ni más amor, que su amor por la Prusia, que juzgaba obra suya, y su religión del deber, del deber de trabajar y consagrarse al bien de sus súbditos; con esta religión cumplió siempre. A pesar de todo, Federico no dejó á Prusia, creación geográfica sin forma determinada todavía y artificial por tanto, con toda la fuerza necesaria para vivir, porque sus reformas no llegaron al fondo de la nación cuyo principal elemento de estabilidad era el carácter de sus reyes. La ausencia absoluta de clase media, la falta completa de vida municipal y provincial y la servidumbre de las clases rurales, eran los vicios principales de la constitución prusiana, que, á pesar de Federico, continuó siendo esencialmente oligárquica y feudal. Hacer de los siervos propietarios, y preparar así su emancipación, fué el designio de los reyes prusianos; pero al principio de este siglo todavía no se remataba ni aun en las tierras

reales. Así es que para que la nobleza consintiera en el despotismo central del rey, éste le abandonaba el gobierno absoluto de las clases rurales. Como no había vida municipal, única propicia á la formación de las clases medias, el rey apoyaba su despotismo en una clase especial que vivía á sus expensas: *la burocracia*; pero este elemento vale lo que sus jefes; si éstos son débiles ó ineptos, los burócratas son un instrumento de desgobierno y de ruina. Esto explica por qué Prusia estuvo á pique de desaparecer ante la revolución francesa armada y victoriosa, y dirigida por Napoleón (v. *Cavaignac*.—Orígenes de la Prusia contemporánea).

LOS BORBONES.

1. Luis XV. Depravación y decadencia. El Pacto de familia.—2. Los Borbones de España; Carlos III. Las Reformas.

1. *Luis XV. Depravación y decadencia*.—En Francia seguía perpetuándose un foco de perturbación general: el absolutismo, que era el régimen que al feudalismo medioeval había sucedido en el Continente, ya estaba desacreditado por los pensadores, odiado por los pueblos y desarmado por la bancarrota intermitente; ¿qué sistema lo reemplazaría? ¿El inglés, e. d., el régimen parlamentario? A eso se inclinaban los hombres de teoría. Mas ¿cómo podía el parlamentarismo, esencialmente aristocrático en su forma inglesa, adecuarse á las aspiraciones, á la índole esencialmente igualitaria de los pueblos latinos? He ahí el problema.

La corrupción era espantosa; las leyes de la imitación, que tienen superior influencia social, hacían del monarca y sus costumbres un tipo al que todos tendían á conformarse, y el contagio moral era prodigioso. (v. sobre la influencia de los tipos en la revolución social, la obra de *Bagehot*: *Leyes científicas del desenvolvimiento de las Naciones*. Bib. cient. intern.) Luis XV comparó el gobierno con sus favoritas; después de la Pompadour, había descendido una escala más en el albañal, y la Du Barry fué la reina de Francia; todavía bajó más, á deportes criminales, á placeres infames. Para sus vicios, sus complacencias, sus derroches, y para los de sus ministros y cortesanos, hubo necesidad de exprimir la vena inexhausta del ahorro y del capital del pueblo; el pueblo comprendía que era necesario defender su sangre; de aquí un indecible malestar, motines incesantes, torpeza creciente en el mecanismo absolutista para funcionar.—Al rey se le creía capaz de todo; se llegó á decir que tenía parte en la espantosa especulación de un sindicato de acaparadores de harina sobre el hambre pública: el *Pacto del hambre* se le llamó al pacto del rey;